
Roberto García Ferreira
Arturo Taracena Arriola
(Editores)

***La Guerra Fría y el
anticomunismo en
Centroamérica***

**Guatemala, FLACSO Guatemala,
2017**

Knut Walter
Fundación AccesArte, San Salvador



Cualquier análisis de la relación de Centroamérica con el resto del mundo debe comenzar con una valoración de su ubicación geográfica, similar en importancia al istmo de Suez, el cabo de la Buena Esperanza, el canal de la Mancha, y los estrechos de Magallanes, Gibraltar, Malaca y el Bósforo. Su gran importancia estratégica siempre llamó la atención de los países más fuertes y expansivos desde que alcanzó su independencia política en 1821. Dos partes del istmo siempre resultaron especialmente importantes por su potencial canalero: Panamá y Nicaragua. El resto de Centroamérica se caracterizó por cultivar café y bananos para la exportación, el primero propiedad generalmente de productores nacionales y el segundo necesariamente de empresas extranjeras por la integración vertical requerida para producir y distribuir un fruto altamente perecedero.

Las realidades históricas de Centroamérica apuntan a una región del mundo cuya evolución ha sido determinada tanto por lo que ocurre fuera de sus fronteras como dentro de ellas. Los mismos centroamericanos no han ignorado la importancia

de la ubicación de la región. Cuando la independencia en 1821 generó grandes esperanzas de una nueva era de soberanía y prosperidad, José Cecilio del Valle, autor del acta de independencia, escribió sobre una Centroamérica convertida en emporio del mundo cuando el sueño de un canal interoceánico finalmente sería realidad. El país que eventualmente más necesitaría un canal era Inglaterra, la gran potencia marítima del siglo 19, pero ese canal no se construiría en Centroamérica sino en Egipto para facilitar el acceso a la India. El canal centroamericano se mantuvo en suspenso hasta que se convirtió en una necesidad para Estados Unidos después de que ese país resolvió sus propios problemas de esclavismo y separatismo por medio de la guerra civil de 1861-1865.

La decisión de construir un canal en Panamá la tomó el gobierno de Teodoro Roosevelt y encargó su construcción al Departamento de Guerra, lo cual dejó en claro que el canal habría de ser una instalación tanto militar como comercial. Lo cierto es que para un país con pretensiones de gran potencia ubicado entre dos océanos, la construcción del canal panameño se volvió un imperativo ante el cual el resto de la región quedó supeditada a la defensa de las instalaciones canaleras. De hecho, Nicaragua fue el país más intervenido y supervisado por Estados Unidos porque era el único en Centroamérica donde se podía construir otro canal.

Como era de esperarse, la creciente injerencia de Estados Unidos en Centroamérica generó reacciones de rechazo entre intelectuales, obreros y estudiantes pero éstas fueron esencialmente retóricas. Ningún gobierno tampoco estuvo en condiciones de oponerse militarmente a Estados Unidos. Cuando pudieron, recurrieron a la diplomacia, como ocurrió en la conferencia panamericana de La Habana de 1928, donde el gobierno salvadoreño cuestionó la segunda intervención militar de Estados Unidos en Nicaragua contra las fuerzas guerrilleras de Augusto C. Sandino. Pero los gobiernos centroamericanos estaban mucho más preocupados por mantenerse en el poder y con frecuencia echaban mano del reconocimiento diplomático de Estados Unidos para aumentar su legitimidad. En los países con fuertes inversiones foráneas, también debían tomar en cuenta los requerimientos de las compañías extranjeras.

Para las élites centroamericanas la injerencia de Washington quedó relegada por la aparición del fantasma del comunismo, que según la versión oficial del levantamiento campesino en El Salvador en 1932 se convirtió en una realidad palpable. El imperialismo yanqui – protestante, blanco, angloparlante – era menos peligroso que el comunismo ateo y colectivista que hablaba ruso. Y no es que el comunismo haya sido un peligro real en Centroamérica sino que se convirtió en el aglutinante de la gran cruzada encabezada por Estados Unidos para contener a la URSS una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial y para reprimir a los indeseables políticos – los partidos reformistas, los intelectuales contestatarios, los sindicatos obreros – en cada país. El resultado fue una dinámica política y social bastante compleja, tal como se aprecia en los aportes de los catorce autores de este libro editado por Roberto García y Arturo Taracena, dedicado al estudio del impacto de la Guerra Fría en Centroamérica.

Dos de los capítulos – los de Aaron Moulton y Gustavo Enrique Salcedo Ávila – analizan la oposición de varios dictadores (léase Somoza, Trujillo, Pérez Jiménez, Carías) y sus agentes a las incipientes democracias pluralistas que se habían instalado en Guatemala y Costa Rica en la década de 1940, tanto por ser ejemplos peligrosos para sus particulares formas de despotismo así como por darle refugio a los exiliados políticos de sus países. Trataron de conseguir el apoyo de Washington para deshacerse del gobierno de Costa Rica, pero los dirigentes de este país ya habían comprobado sus credenciales anticomunistas después de la guerra civil de 1948 y recibieron el apoyo de Washington cuando se vieron amenazados directamente por el gobierno vecino de Anastasio Somoza García en Nicaragua, tal como se explica en el capítulo de David Díaz Arias. Pero fue también la extrema dependencia de Somoza García y sus hijos ante Estados Unidos que les permitió mantenerse en el poder como aliados anticomunistas incondicionales, tal como describe Guillermo Fernández Ampié en su escrito.

Muy diferente fue la suerte de Guatemala, donde la presencia de grupos políticos vinculados a una izquierda marxista comenzó a preocupar al gobierno de Estados Unidos aún antes de que el presidente Juan José Arévalo concluyera su

mandato presidencial en 1951. Dicha preocupación fue compartida por el gobierno del presidente brasileño Getulio Vargas, tal como explica Roberto Baptista Junior en su capítulo sobre el apoyo diplomático y político que Washington recibió del más importante país latinoamericano, especialmente durante la conferencia interamericana en Caracas en 1954 donde el gobierno guatemalteco fue señalado como un peligro para la seguridad hemisférica.

El gobierno y derrocamiento de Jacobo Arbenz (1951-1954) han sido ampliamente descritos por diversos autores pero los cinco capítulos en este libro dedicados a Guatemala se remiten a temas poco estudiados, a saber: las preocupaciones y confabulaciones de los gobiernos de Honduras por el viraje a la izquierda que ocurría en la vecina Guatemala (Yesenia Martínez y Roberto García), la resistencia de los estudiantes universitarios guatemaltecos frente al gobierno de Castillo Armas después de la caída de Arbenz (María de los Ángeles Aguilar Velásquez), y la ayuda que prestó Estados Unidos a los gobiernos de Castillo Armas e Ydígoras Fuentes para organizar y fortalecer a la policía y el ejército, especialmente después del triunfo de la Revolución Cubana, así como alguna ayuda económica para impulsar el desarrollo (Kirsten Weld y Silvina M. Romano).

Dos capítulos particularmente interesantes de Marc Drouin y Lucrecia Molinari analizan la teoría y la práctica de la contrainsurgencia de los militares de Guatemala y El Salvador a la luz de las experiencias del ejército francés en Indochina y Argelia y de la guerrilla cubana que llevó al poder a Fidel Castro. Drouin compara el “Manual de guerra subversiva” del ejército de Guatemala de comienzos de la década de 1970 con los escritos de oficiales franceses veteranos de las guerras coloniales y encuentra similitudes más que obvias, comenzando por el irrespeto de derechos mínimos para los combatientes capturados y el trato brutal hacia la población civil. Molinari, por su parte, estudia la evolución del pensamiento de los militares salvadoreños sobre la guerra contrainsurgente tal como se refleja en las revistas militares salvadoreñas hasta llegar a la criminalización de toda actividad que tienda a alterar el orden establecido y la necesidad de exterminar al enemigo, tanto al civil (tierra arrasada) como al combatiente (guerra sin cuartel).

El fin de la Guerra Fría en Centroamérica comenzó a perfilarse a comienzos de la década de 1980, sin que pareciera evidente en su momento, cuando los militares decidieron que les convenía retirarse del manejo directa de los gobiernos y dejar que los políticos se hicieran cargo, tal como explican José Alfredo Ramírez Fuentes en el caso de El Salvador y Julieta Carla Rostica en el caso de Guatemala. Los ejércitos de ambos países todavía estaban inmersos en guerras contrainsurgentes pero lograron aliarse con partidos de centro y derecha que les apoyaron. En El Salvador, la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) de derechas se organizó en torno a las poblaciones que se habían identificado con los gobiernos militares del medio siglo anterior mientras que los partidos democristianos en ambos El Salvador y Guatemala apoyaron a los ejércitos a cambio de ciertas concesiones y reformas económicas y administrativas. La crisis y eventual disolución de la Unión Soviética, por su parte, permitió que se llegara a arreglos con Washington para poner fin a la asistencia militar que mantenía vivas las guerras en Centroamérica.

Desde el fin de guerras centroamericanas en la década de 1990, la política de Estados Unidos hacia la región ha sido, en términos generales, de apoyo o tolerancia hacia gobiernos surgidos de procesos electorales plurales. A su vez, las preocupaciones de Washington en torno a la defensa del Canal de Panamá y la propagación del comunismo han sido reemplazadas por las grandes corrientes migratorias en su frontera sur y las actividades criminales de narcotraficantes, pandilleros y políticos corruptos. A comienzos del siglo XXI, Centroamérica está entrando en una nueva fase en su relación con Estados Unidos pero todo apunta a que la presencia e injerencia del poderoso vecino del norte seguirá siendo tan determinante como lo ha sido durante buena parte del siglo anterior. Desde una perspectiva centroamericana, lo que realmente importa es conocer y explicar los vínculos que cada país de la región tiene con el exterior, valorar sus niveles de autonomía y, por encima de todo, juzgar cómo el mundo exterior ha contribuido a mejorar – o no – las condiciones de vida de sus poblaciones.

-----0000-----